

ciones al “antisemitismo” mexicano pueden resultar más equilibradas. Las organizaciones antisemitas en México, además de minúsculas, fueron severamente reprimidas. Estudios recientes muestran la suerte que corrió el más significativo de los grupos de filiación nazi fascista: los Camisas Doradas con Nicolás Rodríguez al frente. Alicia Gojman, por ejemplo, demuestra la voluntad política del presidente Cárdenas por desarticular esta organización, y con este objetivo la labor de inteligencia y combate a estos nazis locales correspondió a la misma Secretaría de Gobernación bajo el mando del mismo Ignacio García Téllez, que tan ferozmente se opuso a la llegada de refugiados judíos. A diferencia de brotes xenofóbicos de mayor extensión geográfica y de mayor profundidad social, como los movimientos

antichinos, las manifestaciones antinorteamericanas o las campañas antiespañolas, el antisemitismo cristalizó en núcleos sociales vinculados al comercio y a la pequeña industria, y en espacios muy circunscritos: la ciudad de México, pero sobre todo, la zona del Bajío, justamente allí donde las fuertes reacciones antijudías se produjeron en momentos en que el fanatismo católico encabezaba una segunda guerra cristera entre 1935 y 1938, los mismo años en los cuales tomaron cuerpo las conductas antisemitas que estudia Daniela Gleizer.

Más allá de estas consideraciones, y frente al problema concreto de los judíos apátridas, aquellos que los nazis habían dejado sin pasaportes, e inclusive frente a cientos de judíos perseguidos con los visados en regla, el gobierno de Cárdenas

fue mezquino, por decir lo menos. En las decisiones pesaron mucho más los prejuicios que los ideales, pesaron mucho más las consideraciones de política interna que la doctrina mexicana de asilo y refugio. Sin embargo, junto a esta conducta, se debe considerar la autorización para que llegaran a cuentagotas científicos, intelectuales y artistas judíos, y muchos otros que pudieron ingresar al país porque ya estaban aquí algunos de sus familiares. Todos estos hechos ponen de manifiesto que la conducta “antisemita” no fue monolítica y, en este sentido, el libro tiene el mérito de mostrar los claros oscuros, las tensiones y los mecanismos por donde terminaron imponiéndose consideraciones raciales sobre el humanitarismo y la solidaridad que tanto ennobleció al gobierno cardenista.

La red de ensueños de Mariana Yampolsky

Rebeca Monroy

Elena Poniatowska, *Mariana Yampolsky y la buganvillia*, México, Plaza y Janés, 2001, 119 pp.

Una de las más destacadas fotografías de nuestro país fue Mariana Yampolsky, quien forjó una larga y espléndida trayectoria durante casi seis décadas. El día 3 de mayo del 2002 ella se despidió de nosotros y de su cámara Hasselblad, y por ello es importante hacer un reconocimiento al más reciente libro que se publicó en torno a esta maravillosa mujer.

Elena Poniatowska, con su elocuente pluma, narró de manera bre-

ve los más importantes pasajes de la vida de la fotógrafa en *Mariana Yampolsky y la buganvillia*; ahí descubrimos singulares e insospechados momentos de su vida y obra.

Poniatowska nos muestra al personaje en sus múltiples facetas. Con ese estilo que la caracteriza la va dibujando y presentando en sus más detallados matices y altocontrastes, pues nos hace caminar por la senda de lo que fue una fuerte amistad y con ello el descubrimiento de diversas anécdotas de vida profesional y cotidiana, que enriquecen nuestra apreciación de esta recién desaparecida fotógrafa. Penetra en el mundo infantil de Mariana y nos lleva al imaginario de la artista al brindar-

nos detalles familiares, de amigos, colaboradores, glosando asimismo su particular visión del mundo, todos ellos enmarcados por los acontecimientos sociales y políticos que han rodeado la producción y la vida de Mariana Yampolsky. También nos presenta fotografías de la niña y la joven Mariana tomadas por su padre, donde se intuye el amor y la gracia de los retratos familiares. Además, la autora cita brevemente las causas y los intereses que atrajeron a la joven Mariana a venir a este país por su necesidad de colaborar con la labor antifascista que realizaba el Taller de la Gráfica Popular en esos años de la Guerra Fría. Un viaje temporal se convirtió en

una decisión de vida, pues por un lado se dedicó a la creación plástica en otra rama igualmente importante en esos años de desarrollo plástico, el de la gráfica. Ahí se inició en el camino de los tonos y mediotonos de las imágenes blanquinegras colaborando en el conocido Taller de la Gráfica Popular; también ahí definió su vocación profesional al reemplazar, años más tarde, el buril por el visor de la cámara fotográfica. Cuenta la escritora que un día, al abrir su ventana, Mariana se encontró frente a una buganvillia que, por su color y su forma, la sedujo para siempre; se identificó con los fuertes contrastes sociales, políticos y culturales del país en un llamativo estallido de color, y de ese modo eligió adpotarse como hija netamente mexicana.

El retrato de la fotógrafa lo bosqueja Elena Poniatowska esencialmente a partir de testimonios orales, los cuales le dan cuerpo al texto, enriquecido con imágenes, litografías, grabados y fotografías que hacen de esta edición de Plaza & Janés un material rico en su lectura y selección textual e iconográfica. Pero además, la gran amistad y años de complicidad que vivieron la escritora y la fotógrafa también se escuchan en subterráneos diálogos; la foto de la contraportada, realizada por Héctor García, muestra esa capacidad de compenetración y complicidad de la letra-Poniatowska y la cámara-Yampolsky. Esta imagen fue captada cuando la escritora realizaba las entrevistas que solía publicar, a las cuales iba acompañada de Mariana, quien retrataba a los personajes del relato. Recuerdo ahora algunas de ellas, por ejemplo esa que le realizara Elena Poniatowska a la valiente y ejemplar Gaby Brimmer, a quien rescató con su gran fuerza y energía. De esta serie de retratos que documentaban el texto, la gran mayoría se desconocen y son una suerte de joya histórica y

gráfica que aún duerme el sueño de los justos en espera de ser editados como un *corpus* en sí mismo, pues forma parte sustancial de una historia cultural. Volviendo a la ilustrativa foto de García: se observa a la joven Elena de coletas, con su libreta de notas en la mano; la mirada de Mariana también se dejó capturar para testimoniar cómo ciencia y conciencia se reunieron en dos grandes talentos de mujeres plenas de sueños y entusiasmo, rostros alegres, frescos, juveniles, ensoñadores, enmarcados por la escasa profundidad de campo que acentúa su presencia y evidencia al fondo a la gran ciudad; así, el ojo ágil de Héctor García tuvo a bien recolectar este documento que llega ahora a nosotros.

Es indudable que el libro de Poniatowska tiene grandes méritos pues el manejo de la imagen enriquece la historia oral y viceversa. La selección iconográfica es muy atractiva, muestra documentos inéditos que ayudan a profundizar en una serie de circunstancias que han rodeado las formas de producción artísticas y literarias de nuestro país en estos últimos años. Otra riqueza que proporciona el libro es el testimonio fresco que en su momento le hiciera Yampolsky a la autora sobre los personajes que conoció en diferentes momentos de su desarrollo profesional. Se encuentran comentarios en torno a figuras como Leopoldo Méndez, Pablo O'Higgins, Alberto Beltrán, Vicente Lombardo Toledano, Lola Álvarez Bravo, entre otros intelectuales y artistas de la época. Los testimonios de Mariana Yampolsky muestran su profunda convicción sobre el trabajo colectivo, su necesidad de mostrar una parte de la faz de este país, de hacer eterno lo aparentemente efímero. Su testimonio subraya la importancia de ser la primera mujer que ingresó al Taller de la Gráfica Popular. Al respecto comenta:

Mi ingreso al Taller de la Gráfica Popular definió lo que sería mi vida porque el Taller era una cooperativa de pintores y artistas gráficos auténticamente interesados en las luchas sociales y políticas de los campesinos y los obreros. De veras ponían su talento al servicio de los que no tienen y se comprometían con ellos.

Las imágenes que la artista empezó a trabajar con grabados y después con fotografías construidas desde sus más caros anhelos de transformación social, de lucha por la igualdad, de creación de espacios para los olvidados, los fue capturando y con ello creó un rico acervo con más de 60 mil imágenes del México profundo, del país que adoptó y que la adoptó con orgullo y que día a día desaparece a cambio de la imagen de ultramodernidad del siglo XXI. Ahí están sus imágenes, que no permiten que nos olvidemos de las mujeres con huipil, los hacendados, los indígenas festejando, los niños amamantando, las mujeres trabajando. Mariana Yampolsky fue siempre una especie de traviesa visual, y capturó escenas maravillosas que esperan resguardadas una mayor difusión de su visión tan particular, enaltecedora, que rescata en su justo punto a nuestro pueblo y sus formas de presencia. En el texto se escuchó la voz de Elena Poniatowska narrando cómo la fotógrafa captaba esos fragmentos de vidas en los bromuros de plata:

Camina delante de mí, brazos en jarras como cantarito, a la manera de las campesinas. Apoya sus dos manos sobre su cintura y allá va, con los codos doblados porque así su cámara, sus bolsas con rollos y lentes no resbalan de sus hombros [...] Mariana es esencialmente un ser responsable. Vive la vida como una tarea colectiva; se apasiona por las cau-

sas sociales y lo que le sucede a su país es su problema personal.

Este maravilloso libro, en sí *buganvillia*, nos evidencia la imperiosa necesidad de brindar apoyo a la reproducción gráfica de lo que realizó Mariana Yampolsky, para que sus imágenes tengan una amplia difusión a través de libros, exposiciones y toda clase de impresos, que muestren el arte y la cultura de nuestros pueblos, puesto que una gran mayoría de sus fotos representa a los indígenas del país, retratan sus ritos y leyendas, los usos, las costumbres, sus fiestas y tradiciones, muchas de ellas ante las puertas de la amnesia colectiva más aterradora. La importante labor gráfica que realizó la fotoartista caminó silenciosa, profunda y formó un acervo estético e histórico de dimensiones nacionales que han impulsado algunos editores; como muestra reciente también está la realizada por el investigador Francisco Reyes Palma, quien publicó el libro en año 2000 *Imagen Memoria* (México, Turmex), con una excepcional calidad estética, producto de una exposición nacional y que ahora se encuentra exhibiéndose en Canadá. También Alicia Ahumada y David Maawad han hecho una importante labor como promotores no sólo al resguardar su acervo bajo estrictas normas de conservación, sino al elaborar excelentes impresiones fotográficas para su presentación en diferentes medios de comunicación y expresión. Es, pues, fundamental e imprescindible hacer un homenaje a la labor de la autora de la *Casa que canta* y de quien puso la *Raíz y el camino*, para reconocer su importancia sustancial en la constitución de una forma diferente de ver y saber lo nacional, de la creación de esos 60 mil negativos donde imprimió documentos históricos, sociales, antropológicos y estéticos innegables. Este libro es un recordatorio de la labor

profesional de Mariana Yampolsky, era una deuda historiográfica ineludible, *cuanti* más ahora que ella nos legó su material rechazando millonarias y seductoras propuestas y evitando con ello que su acervo fotográfico y personal formara parte del patrimonio de otro país; creó en vida la Fundación Cultural Mariana Yampolsky A.C., para resguardar y continuar su deseo de que el material que tantos años le llevó formar y coleccionar permanezca en el lugar donde surgió y a donde pertenece: México.

De manera nítida y sin rebuscamientos el libro de Elena Poniatowska pone el dedo en la llaga de la fotohistoria, al relatar algunos pasajes de la vida de Mariana Yampolsky y evidenciar la necesidad de profundizar una acuciosa investigación en torno a esta incansable mujer de la cámara fotográfica. Está presente en la memoria de nuestro tiempo como impulsora de grandes proyectos fotográficos, curadora de importantes exhibiciones —como la exposición de los 150 años de la fotografía en el Museo de Arte Moderno—, quisquillosa editora de libros educativos y formativos, animosa testigo visual y conocedora a fondo de nuestro país. Con su cámara, su sensibilidad y expresiva formación, al plasmar sus imágenes ha enriquecido de manera extraordinaria nuestra cultura visual. La escritora Poniatowska lo narra así: “Y de nuevo, la emoción va subiendo por su rostro de mujer que participa que sabe ver, que comprende lo esencial, capta y sobre todo ama a su país, con un amor profundo, adolorido”; sólo quien la conoció pudo comprenderla y describirla con tanta nitidez.

A lo largo del texto también se percibe la fuerte, intensa y sostenida presencia de su compañero de vida, Arjen Van der Slius, quien la acompañó en sus grandes y pequeñas aventuras; es él quien comenta:

“Mariana tiene el don de fijarse en lo que a otra gente se le va totalmente. Es un instinto que muy pocos tienen, es una descubridora [...] Ve lo que otros no ven.” También en voz de Alicia Ahumada, quien desde hace años es su alma del cuarto oscuro como su impresora, colega y amiga le escuchamos decir:

Mi relación con sus imágenes y su archivo es una hermosa aventura. Tengo la idea de que conozco muy bien su concepto de imagen y de país, de lo que le gusta tomar y no. Prefiere hacer a un lado algunas fotos si piensa que pueden lastimar porque ella siempre quiere engrandecer al pueblo de México, jamás se permite cosas chafas o mal hechas, y eso es algo que compartimos [...] Dentro de la fotografía mexicana, Mariana ocupa un lugar primordial, puede que no sea objetiva, porque le tengo mucho afecto en todos los sentidos [...] A mí me parece que como creadora tiene un papel fundamental; es una de las grandes fotógrafas de este país.

El texto encierra mil secretos; entre sus líneas e imágenes nos deja ver un poco de la red de ensueños de Mariana, esos nutritivos espacios de su realidad, de la mujer amorosa y la niña juguetona. Esto es lo que nos brinda esta lectura, así como comprender mejor la trayectoria de una gran fotógrafa que merece un importante reconocimiento a su desinteresada labor.

La foto de portada que acompaña al texto es una imagen de Alberto Beltrán. Se trata de uno de los mejores y más descriptivos retratos conocidos de la joven Mariana, donde se evidencia su estilo natural de ser, su capacidad de tener los pies en la tierra, su incorporación al mundo mexicano en sus más recónditos

parajes; sus huaraches, un sencillo vestido y la cámara colgando de su cuello son todo su atuendo. Se observa un gran madero de un trapiche donde ella se recarga y el que se lanza sobre nosotros en brutal es-corzo, lo cual pareciera simbolizar

esa mirada profunda y directa que tenía de fotografiar. Esas imágenes que Elena Poniatowska alude como "Los recuerdos de nuestro porvenir", capturadas por quien se caminó a pie tendido el país, de norte a sur, donde las formas *yamposkia-*

nas de percibir, anotar y visualizar una vida nacional son ahora parte de un rito y un código de funcionamiento, se hicieron presentes y nos revelan a la gran mujer y a la artista excepcional que nos hizo profundamente orgullosos de ser mexicanos.

